

# Los diarios del obispo Bonamín: aportes para el proceso de Memoria, verdad y justicia en Argentina<sup>1</sup>

Ariel Lede y Lucas Bilbao

Victorio Bonamín sdb fue un obispo de la Iglesia Católica Argentina. Ordenado en marzo 1960, fue designado provicario de las Fuerzas Armadas (segundo en la conducción del Vicariato Castrense), cumpliendo dicha función hasta su jubilación, en 1982. Durante esos años acompañó a dos vicarios castrenses: hasta 1975 al entonces arzobispo porteño y cardenal Antonio Caggiano y desde allí hasta 1982 al arzobispo de Paraná, Adolfo Tortolo.

En varios tramos de su carrera eclesiástica, Bonamín tuvo “diarios personales” en los que llevó el registro de lo acontecido cotidianamente. Con obsesión y afán escribió experiencias, sensaciones o conversaciones que mantuvo cotidianamente. Veinticinco años después de su muerte, nadie imaginó que parte de ese material se convertiría en una fuente valiosa no sólo para conocer con mayor profundidad y detalle las tramas del terrorismo de Estado, sino también

para las causas judiciales que investigan los crímenes de lesa humanidad de la Argentina reciente.

En nuestro libro *Profeta del Genocidio*, hemos incorporado los diarios personales correspondientes a los años 1975-1976. Los años que abarcan coincide con el momento en que las Fuerzas Armadas buscaron refundar el Estado y la sociedad sobre nuevas bases, mediante el exterminio y el disciplinamiento de numerosos sectores sociales movilizados. El resultado es conocido: los mayores crímenes de lesa humanidad que conoció el siglo XX argentino y la incorporación al “diccionario local” de la categoría *detenido-desaparecido*. Se trata de la palabra -en primera persona y sin mediaciones- de uno de los jerarcas católicos más comprometidos con el acompañamiento al gobierno militar. En la función de provicario castrense durante 1975-1983, estuvo al mando de los 400 sacerdotes que se desplegaron orgánica y

## Los diarios del obispo Bonamín

sistemáticamente por todo el territorio militar nacional. Las anotaciones allí registradas, sumadas a un conjunto de documentación de valor como los boletines trimestrales del vicariato, legajos de capellanes, prensa del período y entrevistas a testigos y sobrevivientes, permitieron que el libro se convierta en un importante insumo para comprobar una vez más la íntima vinculación que existió entre la Iglesia Católica y las Fuerzas Armadas.

Como pocos documentos, los diarios nos devuelven de una manera gráfica el empeño que puso este eclesiástico en legitimar la violencia del terrorismo de Estado. Al mismo tiempo sirven para comprender detalladamente el funcionamiento del Vicariato Castrense, el trabajo de los capellanes militares, la centralidad que ocupó la institución a la que perteneció y los resortes religiosos que sostuvieron y legitimaron la trama de la experiencia genocida argentina en los setenta.

Naturalmente, no escribió sus diarios con la intención de convertirlos en literatura. Casi innecesario es aclararlo, pero al momento de redactar sus diarios, no pensó en un público lector más que él mismo. En primer lugar, no apuntó todo. Sus anotaciones pueden agruparse en tres categorías: aquello que tiene que hacer, lo que ya hizo y lo que siente o piensa. Por momentos llevó registros como si fuese una agenda, consignando

actividades, teléfonos, direcciones, recordatorios. Plasmó sensaciones que le ocasionaban las gestiones del día, así como asuntos relacionados con su salud. Sin embargo, primó la actitud de asentar aquellas cuestiones vinculadas a su profesión, y en ello radica la *particularidad de estos diarios*. Bonamín registró alrededor de mil nombres, sobre todo provenientes de los mundos militar y eclesiástico, con sus cargos jerárquicos y funciones. No se trata de identidades dispersas o inconexas, sino de aquellos que perpetraron delitos de lesa humanidad. Esto permite afirmar que el obispo no estuvo inserto en cualquier trama relacional sino en aquella que levantó y detentó las banderas del terror y la represión estatal más sangrienta de la historia reciente. Es sintomática la exigua mención que hace de las víctimas, incluso las del mundo católico.

### **¿Por qué fueron publicados los diarios de Bonamín?**

Es difícil reconstruir el funcionamiento de las instituciones si no conocemos cómo sus agentes actúan, se relacionan y desplazan al interior de las mismas. Detenernos en una persona como Bonamín, nos permite conocer mejor las sociabilidades en las que estuvo inserto o qué buscó dejar sentado con sus acciones, pero también comprender cómo es que funcionan “las familias,



este caso, analizar sus comportamientos y vinculaciones nos permitió saldar parte del vacío de conocimiento que existía respecto de una corporación tan hermética como es el clero castrense, que aún no rindió cuentas a la sociedad de sus acciones y omisiones durante el terrorismo de Estado.

Creímos necesario publicar los diarios, porque dan testimonio por sí mismos. A pesar del carácter privado y personal que poseen, expresan la actividad pastoral y política de un funcionario público. Bonamín, integrante de la jerarquía eclesiástica argentina, fue también un agente del Estado, ejerciendo el cargo de provicario castrense durante 22 años. Desde 1960 hasta 1982 -período signado por el gobierno de dos dictaduras militares alternadas por breves y frágiles regímenes constitucionales- fue uno de los jefes de los capellanes que integraron el vicariato.

Además son valiosos los aportes que de ellos pueden extraerse respecto de dos años claves en los que se enmarca el terrorismo de Estado: 1975 y 1976. En su transcurso, registró datos sobre personal de las Fuerzas Armadas así como secuestros y asesinatos de militantes políticos. Dejó constancia de las conferencias y charlas que le fueron solicitadas para oficiales, suboficiales y soldados de las diferentes fuerzas. Y no escatimó palabras al escribir

los grupos sociales o las instituciones a las que está ligada, y que forman parte, más o menos intensamente, de la experiencia de vida del sujeto".<sup>2</sup> En

## Los diarios del obispo Bonamín

opiniones sobre la idoneidad de los hombres de armas para llevar adelante la “guerra contra la subversión”.

Pero también porque fueron escritos por uno de los jerarcas católicos que mejor expresa la identificación ideológica entre la Iglesia Católica y las Fuerzas Armadas, forjada desde principios del siglo XX. Finalmente, porque son un testimonio cabal de la idea que sin más demoras debe multiplicarse en escuelas, universidades, iglesias, tribunales, banquillos y organizaciones políticas de todo el país: *la última dictadura fue militar, civil y también católica*. Su componente religioso no fue mucho menos fundamental que el represivo, el político o el económico. La profundidad y la extensión temporal que alcanzó, no se hubieran logrado sin la legitimación que la Iglesia le aportó, sea a través del discurso público de los obispos como de la actividad de los capellanes. Como queda demostrado en las páginas de la investigación, la dimensión católica-romana estuvo presente con diferentes intensidades: convenciendo de la peligrosidad ideológica y material del “enemigo subversivo”; intensificando las ideas

de “crisis moral” y “guerra justa”; excitando a las Fuerzas Armadas a la toma del poder; avalando teológicamente los métodos clandestinos o instando a los detenidos a la delación. Y en un registro histórico de más largo plazo, esa dimensión se observó en la formación castrense que desde los años sesenta articulaba el nacionalcatolicismo y la Doctrina de la Seguridad Nacional.

Victorio Bonamín, ese *profeta del genocidio* que exaltó al ejército como “redentor de la nación”, justificó las torturas a los detenidos como parte de la “guerra justa” y bendijo las armas de la violencia estatal, guardaba hacia el final de su vida un registro detallado de los acontecimientos, una “biografía” dentro de una historia. Este es el material que presentamos en el libro, pretendiendo que el mismo se convierta en un aporte a la construcción de la memoria colectiva, a la historiografía, a la postergada discusión sobre la continuidad del obispado castrense, y al avance de los juicios por crímenes de lesa humanidad en los que hay -o debería haber- sacerdotes implicados.

---

1. El siguiente artículo es un extracto de la introducción del libro *Profeta del genocidio. El vicariato castrense y los diarios del obispo Bonamín en la última dictadura*, Bs. As. Sudamericana, 2016; preparado especialmente para este número.

2. Fortunato Mallimaci y Verónica Giménez Beliveau: “Historia de vida y métodos biográficos”, en Irene Vasilachis: *Estrategias de Investigación cualitativa*, Barcelona, Gedisa, 2006, p. 177.